

CURIOSIDADES

VIAJE A LAS PROVINCIAS VASCONGADAS

POR ANTONIO FLORES

publicado en Madrid en el periódico titulado El Laberinto el año 1844



I

VITORIA

Próximo ya el término de nuestro viaje y después de haber salido de la Puebla de Arganzón, descubrimos los restos de un antiguo castillo, donde tuvo comienzo la famosa batalla de españoles, ingleses y portugueses, al manda de Wellington y contra el ejército francés, que tan gloriosamente para los primeros, terminó en los campos de Vitoria.

Las cuatro casas que forman el pueblo de Ariñez, fueron las últimas que vimos hasta dar vista á la ciudad; y su fértil llanura sembrada de pueblos, y distinta en todo y por todo de los arenales que acabábamos de cruzar, nos hizo conocer que por aquellas tierras se hilaba más delgado en punto á la labranza.

Encontrámonos con una alameda á la derecha, más como nos dijese que aquello era el prado de Vitoria, derramamos una lágrima y

parte de otra en memoria del de Madrid que se había quedado 65 leguas de nosotros, y cerramos los ojos hasta el momento de abrir el baúl en presencia de los carabineros, como primera estación de las muchas que por el mismo estilo nos esperaban.

De embriagarse y servir de diversión al público, á ver un borracho y reirse de él, hay la misma diferencia que de ser forastero á burlarse de los que se hallan en tan lastimera situación.

Si los que sueltan la carcajada (y vaya un simil) de buen grado, cuando otros mal del suyo, hallan el centro de gravedad donde no le buscan, tuviesen presente la ira que les acometió cuando en otra ocasión besaron el suelo, *nolis, nolis*, todos acorrerían al flaco de rodillas ó débil de talones, compadeciendo su desgracia en vez de hacerle sentir más los dolores morales de la burla, que los físicos del porrazo.

Antes de ponerme en camino sabía yo que el que á cuchillo mata no debe morir á latigazos, y estaba persuadido de que donde las dan las toman; que el que se pone a jugar se expone á perder y ganar; pero hasta el momento de poner el pie en Vitoria no me había ocurrido medir la enorme distancia que va de lo indígeno a lo exótico.

Y por aquello de que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, me da un no sé qué de cierto respetillo el hallarme entre los mismos provincianos que con sus guantes de latiguillo, y sus casacas de collarín me habían hecho reir cuando visitaron mis dominios.

Mas era preciso cambiar de papeles y á *necessitas* indispensable, hacer costilla y callar.

Así fué que una vez instalados en el cuarto número 7 del parador Viejo, y después de haber sacado la tripa, sino de mal año de mal camino al menos, salimos á reconocer en globo, lo que al día siguiente pensábamos ver en detall.

(Y es de advertir aquí que este modo de hablar no es impersonal ni alude á cosas animadas, como por ejemplo mi levita y yo, sino que iba en mi compañía ó yo en la suya, pues claro es que en tierra extraña no podía yo ser lazarillo ni cicerone de nadie, un joven vitoriano que ayudado de sus numerosos amigos, tuvo la debilidad de obsequiarme algo más de lo que yo mereciera). Y perdonen ustedes la modestia, si les parece que no me hago justicia.

La plaza nueva de la capital de Alava ó *Araba*, (bajo llano, según los vascongados), es un cuadro de sillería de 220 pies, cuya línea está dividida por 19 arcos bajo los cuales hay pórticos de 15 pies de ancho,

por donde pasean las chicas bonitas que son muchas, las feas que están allí en menoría, todos los domingos y fiestas de guardar, de once á una.

Los hombres de cuyas prendas personales, bien sabe Dios que no tomé acta, las acompañan en tan inocente diversión; repitiendo el paseo al anochecer, si hace mal tiempo, ó después de anochecido si hace luna.

La elevación de los edificios será de 50 pies, y el más notable de todos es la casa de Ayuntamiento, que además de su riqueza exterior, tiene adornados con decencia los salones donde se ayuntan los concejales.

Don Justo Antonio de Olaguibel fué el constructor de esa hermosa plaza, que duró 10 años, á causa de haberse empezado en 1781 y concluido en 1791.

El casco de población que rodea la plaza es tan hermoso, que bien pudieran los vitorianos declarar fuera de la ley las demás calles, quedándose únicamente con la del Prado y alguna otra inmediata: pues con sus casas de cinco pisos, su elegante balconaje, y limpio empedrado engañan villanamente al que tiene la desgracia de atravesar después el resto de la ciudad, que se compone de calles estrechas, etc.

El alma se angustia al atravesar los barrios de la Herrería, Zapatería y Cuchillería: pero la parte nueva es tan elegante, y está tan concurrida por esa razón, que casi es un bien lo que á primera vista parece un mal.

Afortunadamente los bellísimos paseos de la *Florida* y del *Prado*, se encuentran á la entrada de esa *Vitoria bonita*, y puede el viajero salir de la fonda, visitar la hermosa casa de baños, que unida á su elegante café se encuentra á la derecha del parador Viejo, respirar el delicioso ambiente de la Florida, pasear sobre el blando césped del Prado, asistir al teatro, y charlar un rato en el camino, sin atravesar ni una calle de la ciudad antigua.

El paseo de la Florida, poblado de frondosos árboles, adornado con estatuas, asientos y cuadros de jardinería, es de lo más lindo que de su género se encuentra en esos países; la escogida sociedad que invade sus frondosas calles en los días festivos, disfruta también de las danzas que tienen los naturales sobre la hermosa llanura del Prado, que ya está fuera de la muralla.

Vista ya en globo la ciudad, y habiendo formado un plan para visitar al día siguiente, cuanto de visitable hubiese al pormenor, nos despedimos de nuestros cicerones, á quienes embargamos, con las pro-

testas de ordenanza, para que al día siguiente nos acompañasen en nuestra expedición.

Merced que me otorgaron á las mil maravillas, si bien es cierto que me intimaron la orden de marchar, dos horas después de amanecer, y cuatro ó cinco antes de lo que parecía racional para quien tantas deudas atrasadas tenía con Morfeo.

Pero al que algo quiere algo le cuesta, que ni se cogen truchas sin mojarse los tobillos, ni es fácil repicar y andar en la procesión. Así fué que llegando estas verdades á mis oídos, antes que el agua á mis orejas, sin sacudirme éstas, nos fuimos derechos á la Colegiata, en cuya iglesia estaban confirmando chiquillos, y tuvimos que esperar un rato, entrando al fin por una puerta secreta; no sin haber archivado en la memoria las siguientes máximas que se leen sobre la puerta principal del templo:

En quien jura y en su casa
No faltará mal ni plaga.

Quien de los suyos no cuida
Niega fé y es peor
queun gentil sin ley ni Dios.

Cual fuere el padre y la madre
Hijos é hijas serán tales,

La poco agradable orquesta de los chiquillos, al compás de las bofetadas que les sacudía el confirmante, nos hicieron salir á calacuerda de la iglesia, y al refugiarnos en la parroquia de San Miguel, nos encontramos con una novedad de gran bulto, para los que á caza de ellas íbamos: pues dicho se está que estos viajes no son artísticos, por la sencilla razón de que el viajero que los firma tiene los conocimientos artísticos en el almacén de las muchas cosas que ignora.

Y aquí por más justicia que quiera hacerme el lector, no ha de parecerle modestia lo que le digo.

Pero vamos al caso, pues ya los apóstoles de escultura que estan

orando en el huerto, nos esperan con unos picos de camisa almidonados y limpios como de menstrual en día de fiesta.

Lo primero que nos ocurrió al ver aquel anacronismo fué preguntar al sacristán, cómo había descubierto el escultor que los apóstoles llevaban picos de camisa al gusto del siglo XIX ó, si sabía por qué se conservaba tanto tiempo aquella moda.

A lo cual me contestó que aquello no era obra del escultor, sino suya, y que si quería pasar á la sacristía me enseñaría un repuesto de cuellos, almidonados por su misma mujer, para mudárselos á los discípulos de Cristo todos los sábados.

Y habiéndome visto tomar notas de la antigüedad del almidón y de la percalina, me añadió que hacía muy bien en creerlo así, pues cuando los jornaleros honrados y curiosos de nuestros días se mudan de camisa los domingos, es de creer que los apóstoles pescadores no sólo honrados sino santos, harían lo mismo.

Entusiasmados con semejante método inverso de averiguar antigüedades, nos dirigimos al hospital civil, del cual teníamos los mejores informes; si bien es cierto que aún se quedaron cortos los que de su limpieza y buena asistencia nos hablaron.

Diez hermanas de la caridad, tienen á su cargo, todas las dependencias del establecimiento, y es cosa que causa admiración ver el aseo y el buen orden que se advierte en todo.

Lo mismo se está en la sala de recibo, que junto á la cama del enfermo más repugnante; ni se advierte olor alguno, ni hay una señal siquiera que retraiga al más escrupuloso de permanecer horas enteras en aquellas salas ventiladas y limpias.

Hay salas para los particulares que quieran pagar 20 reales diarios, sino estamos mal informados, donde están los enfermos mejor asistidos que en su casa; pero hay poca diferencia de esos cuartos á las salas generales, donde reciben los enfermos una asistencia inmejorable.

La botica desempeñada por una hermana de la caridad, la cocina á cargo de otra, y el depósito de la ropa blanca, son tres piezas dignas en su clase de llamar la atención de cualquiera.

Para entrar en esta última estancia, era preciso saber algo más que gimnasia, y algo menos que correr patines.

El pavimento es de tablas como en todo el edificio; pero tan bruñido y brillante como una madera fina, por lo cual las hermanas tenían á la entrada unas plantillas de paño, sobre las cuales colocaba sus pies

el visitador, dejando marchar los paños á su antojo. Ni más ni menos están todas las casas de esas provincias, y las doncellas de labor que bruñen los suelos por la mañana, se atan un cepillo al pie, y se deslizan por el pavimento como unas sílfides si son bonitas, ó como unos pavos si son pesadas y feas.

Esa endiablada operación, las hace enfermar del pecho, y el pulimento trae consigo otros inconvenientes largos de narrar, y que están al alcance de cualquiera.

En San Sebastián me ocurrió estarme vistiendo sobre una alfombra pequeña que había delante de la cama, y con la presión que ejercía mi pie sobre ella se deslizó por el pavimento, y fuimos á parar los dos al comedor de la fonda; para lo cual atravesamos tres piezas y un pasillo, aunque corto.

La *casa-ciudad* de Vitoria, es un edificio moderno, que tanto en su parte exterior como en la interior, hace honor á la diputación provincial, ó foral, ó como quiera entenderse, y por no estar concluida del todo cuando salimos de allí, dejamos para otra ocasión el hablar de ella detenidamente, así como el dar una vista exacta de su elegante pero sencillafachada.

El cuerpo inferior de la estantería del archivo, encierra todos los documentos pertenecientes al ejército carlista; cosa que nosotros hubiéramos registrado con mucho gusto á no ser obra demasiado larga para el tiempo que pensamos permanecer en Vitoria.

Los políticos y los historiadores contemporáneos, dirán lo que quieran sobre el valor que yo no niego á los que se han batido por don Carlos en las Provincias Vascongadas: pero los habitantes de las grandes poblaciones, que lejos de ceder á las sugerencias de sus paisanos, les han hecho una guerra á sangre y fuego por espacio de siete años, son dignos de ocupar un lugar distinguido en la historia como valientes.

Los servicios prestados por la Milicia Nacional de Bilbao, San Sebastián y Vitoria sobresalientes.

En fin: rojos y azules todos vascos.

Al dejar la casa-ciudad, nos ocurrió mirar el reloj, que señalaba las cuatro, y conocimos que no habíamos perdido el tiempo, ni las ganas de comer, sino que por el contrario estábamos más dispuestos que nunca á esta agradable y última ceremonia.

Por cuyo motivo dimos vuelta al parador, donde aplacamos el hambre, á cuenta y riesgo de los buenos platos que se dignaron servirnos

las simpáticas Jeroma y Gabriela. La mesa estaba presidida por un militar retirado, y algo sordo; planta parásita de aquella fonda y muy gracioso aunque algo picante en los cuentos con que amenizaba la comida, estimulando los colores en los rostros femeniles.

Terminada la operación, pidió palillos para mondarse los dientes, una señora que no los tenía, y como la dijese que no había quedado ninguno, porque los huéspedes acostumbraban á llevárselos, se incomodó tanto que fué menester darla medio, esponjoso y negro, que había quedado por casualidad pegado á una servilleta.

Lo cual dió lugar á que un andaluz que á mi lado estaba, dijese:

Venditaz zean laz gentez de mi tierra que hazta pa vevé serbesa dan paliyo.

Estando en esto entró el bueno de mi acompañante, con un billete para el Liceo, y una tarjeta de entrada por un mes al gabinete de lectura, á cuyo último lugar nos fuimos á tomar café.

En ninguna parte son tan útiles los casinos como en las capitales de provincia, donde la aristocracia que no se reúne á ladrar en familia, tiene unas exigencias cortesanas, tan ridículas que si hay una persona que las tolere, no hay dos que las sufran.

La juventud elegante de esos pueblos, á fuerza de haber pasado muchas noches de invierno, acariciando sus perros de caza y requebrando mozas al fuego de la cocina, ha conocido la necesidad que tenía de no caer de nuevo en el estado salvaje, del cual gracias á la Providencia, quien más quien menos, salimos todos á cierta edad.

Para huir de este mal era preciso caer en otro casi mayor; y para alejarse de ambos, inspiró Dios al hombre la idea de los círculos ó casinos, donde en santa paz se reúnen los hombres á leer, á jugar y á charlar cándidamente ó murmurando.

En esos benditos lugares se hace de todo; pero los chismes se dicen en confianza y en familia y la cosa no lleva intención.

El gabinete de lectura de Vitoria, tiene el mismo objeto que el Casino de Madrid, y le lleva ventaja en algunas de sus dependencias.

El salón principal es grandioso y está amueblado con lujo; siendo notables las salas de juego y el gabinete de lectura propiamente tal, donde se encuentran todos los periódicos nacionales, muchos extranjeros y algunas obras.

Para llegar al liceo artístico y literario, tuvimos que atravesar (de lado más de una vez) muchas calles estrechas, pertenecientes á la parte

fea de la población, hasta que por fin entramos por una especie de cuadra sin pesebres, á un medio pajar sin paja, aunque con vigas.

Advirtiéronnos al entrar que aquel local era interino, y nosotros cuando estuvimos dentro, nos ofrecimos á ser acarreadores de los bellísimos adornos, que en forma humana y femenina hermoseaban el interior del liceo, cuando se encontrase otro local.

Y con esto excusamos decir que ya los maderos no nos parecieron tales vigas, sino medias cañas doradas; llegando así á disculpar el *quid pro quo* de D. Quijote con Maritornes, en el desván de la venta.

La junta directiva de acuerdo con la de sección, (palabras *in letris moldis* del programa) había dispuesto empezar la función con una overtura á toda orquesta, y representar en seguida la comedia titulada, *Las Capas*, con lo cual termino la primera parte.

Un joven de talento precoz y pocos años, dió principio á la segunda tocando una aria de figle, representándose después (según el programa) la pieza en un acto tiaulada, el *Padrino á mojicones*; original de nuestro amigo Villergas; que buena falta hizo allí, para recoger las sílabas que sobraban en cada verso.

—Lástima que yo no sepa hacer comedias me dije á mí mismo, pues con las sílabas que estos ingenios malgastan, sin las que se comen, tenía para componer un drama más largo que el de *la Adúltera*

Y Dios quiera que mis lectores no conozcan el tipo á que me refiero!

(Pero esto y lo de participar á ustedes que al día siguiente un poeta vitoriano me leyó un drama y parte de otro, todo va entre paréntesis.)

El ária coreada de *Las prisiones de Edimburgo*, dió fin á la función que en general fué digna de la brillante concurrencia que allí se encontraba.

El teatro que aunque pequeño es muy bonito y está perfectamente distribuido, nos entretuvo la noche siguiente, aunque sin gran diversión, pues la mayor parte de los actores, no servían ni para hacer reir siquiera.

Al día siguiente abandonamos la capital de Alava para dirigirnos á Deva con ánimo de recorrer Guipúzcoa.

